

CÓMO NOS SUBLEVAMOS EN CIUDAD REAL...

...Y cómo hemos vivido un año presos (Relato de un oficial de Artillería)

UN oficial de Artillería de los que se sublevaron en Ciudad Real me ha hecho el relato que se publica a continuación. Cómo se verificaron los sucesos, cómo se vivió en la prisión y anécdotas pintorescas de la vida de encierro.

LA NOCHE AQUELLA

—Yo jugaba al póker en el Casino con un oficial de mi regimiento y otro de Infantería. Este, un chico muy simpático, no sabía nada, naturalmente; tenía que marcharse a Madrid a las cuatro de la mañana, y mi compañero y yo le ayudábamos a perder el tiempo... Eran las dos de la madrugada. Ibamos a retirarnos. El de Infantería se lamentaba de tener que esperar aún hasta las cuatro. Mi compañero y yo nos mirábamos de cuando en cuando. A veces nos dábamos con el pie por debajo de la mesa. Llegó un momento en que ya no podíamos más, y nos echamos a reír. El otro se quedó muy extrañado. Creyó que nos reíamos de él. Y trató de justificar el motivo de nuestras risas de mil maneras. Pero nunca supo lo que, en realidad, las había provocado.

EL MOMENTO AQUEL

—Desde la casa de la calle de la Mola, que era donde vivíamos "en república" los



La casa de la calle de la Mola, de donde salieron los jefes y oficiales dispuestos para sacar las baterías a la calle.



Los artilleros en el huerto del Convento de Santa Clara, el día que les leyeron la sentencia.

oficiales solteros, nos retiramos al cuartel. Yo reuní a mi compañía y le expliqué lo que iba a ocurrir. Les pregunté a los soldados si estaban conformes y si querían seguirme. Contestaron a coro afirmativamente. Pero aquel "Sí" no me satisfizo; no sé si fué el sueño o la emoción; es el caso que me pareció haber advertido debilidad en la respuesta, que necesariamente había de ser categórica. Volví a preguntarles: "¿De verdad queréis seguirme? ¡Pensadlo bien!" Y entonces un "Sí" estruendoso resonó en la nave. En el cuarto de banderas nos reunimos todos los jefes y oficiales. Uno, sobre una cuartilla de papel mugriento, iba apuntando los sitios que cada uno elegía para su ocupación.

—¿Elegían ustedes por turno de superioridad jerárquica?

—No; el de la cuartilla mugrienta preguntaba:

"¿Quién quiere ir a tal sitio?" A la Estación, por ejemplo. Y en seguida cualquiera contestaba: "¡Yo!" El otro apuntaba: "Fulanito, a la Estación". Y así se hizo. Era fácil ponerse de acuerdo, ya que la pregunta era siempre contestada por casi todos, y, naturalmente, se adjudicaba el sitio al que estaba más cerca.

EL PUEBLO

El pueblo nos recibió muy bien. Nos aplaudían en las calles. Puede decirse que aquel fué "un día de fiesta". Todos estábamos contentos.

—¿Por qué se rindieron ustedes?

—Porque a la noche nos dimos cuenta de que estábamos solos en la Península.

EN EL CONVENTO

—Allí, en Santa Clara, lo pasamos admirablemente. Únicamente los primeros días "tragamos el paquete" de la incertidumbre.

—¿Pensaron en los fusilamientos?

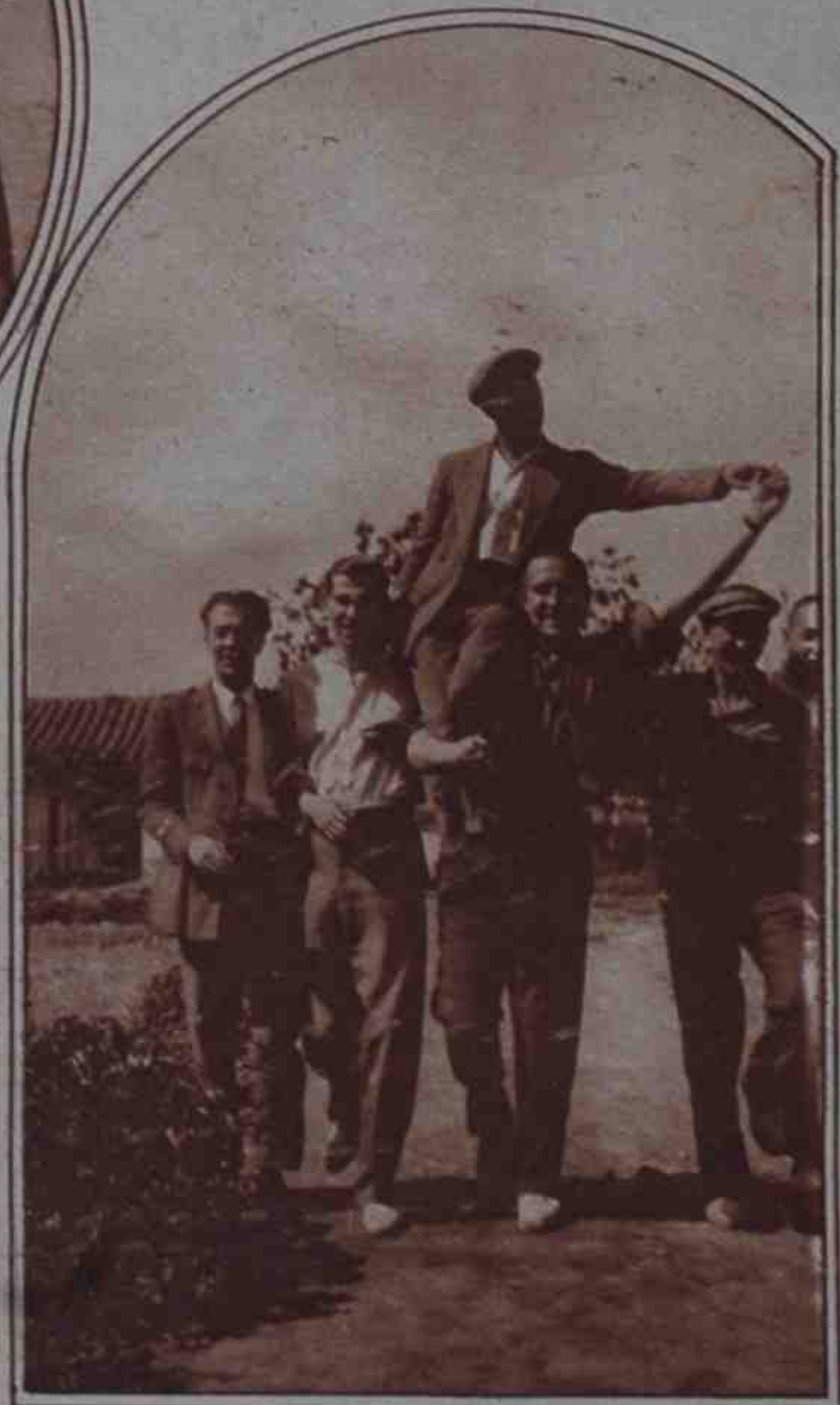
—Sí; pero no nos lo dijimos unos a otros. Disimulamos, aparentando una gran alegría. A los pocos días ya estábamos francamente alegres, y no pensábamos nada más que en pasar lo mejor posible la vida de encierro.

—¿Cómo les trataban sus carceleros?

—Generalmente, bien. Sobre todo un soldado de cuota, que contribuyó bastante a



Gracias a su juventud y a su buen humor, los sublevados lograron pasarlo bastante bien en el Convento.



El vencedor de un partido de pelota, es paseado en hombros por el recinto de la prisión.

tros nombres: "¡Teniente Fulano!" Nos asomábamos, y entonces se nos despedían llorando; iban rodeados de sus familiares, que también lloraban...

LAS BOFETADAS PIADOSAS

—De todo el cautiverio, sólo recuerdo un caso de pena: El de un compañero que tenía siempre muy malas noticias de su casa. Su mujer estaba tuberculosa, y con el encarcelamiento de él se había agravado. El pobre muchacho reía de nuestras bromas, pero en su cara se notaba un fondo de tristeza... Nos conjuramos para no dejarle ni un momento solo, porque cuando se quedaba solo, se ponía a pensar y se le veía triste, triste... Acordamos quitarle la tristeza por cualquier medio posible. Y una vez que hubimos agotado todo aquello que pudiera cambiar por unos minutos de alegría la habitual tristeza de su semblante, decidimos, al menos, cambiarle de preocupación. Y en cuanto le veíamos triste, le dábamos bofetadas. Se enfadaba mucho y nos amenazaba. Pero mientras estaba enfadado y discutía acaloradamente, no pensaba en su mujer ni en su problema.

Una vez me devolvió la bofetada. Yo la aguanté resignado, y, naturalmente, no me dejó más huella que el dolor físico que me produjo en los primeros momentos.

—¿Y qué ha sido de él y de su mujer?

—Afortunadamente, su mujer ha curado, y viven los dos ya



Después de ser juzgados por el tribunal militar, los sublevados fueron conducidos al castillo de Pamplona. Vean a los detenidos entreteniéndose las largas horas del cautiverio con un concierto al aire libre.

quitarnos de encima lo que pudo haber de preocupación en nuestro ánimo los primeros días de prisión. Nos procuraba periódicos clandestinamente, y por ellos nos podíamos enterar de todo cuanto ocurría fuera.

—¿Cómo?

—Salía a la calle, compraba un periódico y se lo guardaba debajo del capote, en el pecho. Cuando nosotros, desde el fondo de nuestra celda, pedíamos a voces alguna cosa, el cuota que estaba de centinela abría la puerta, aparentando hablarnos con mal modo, nos daba el periódico, cerraba y se marchaba a por lo que habíamos pedido. Tardaba en traerlo el tiempo suficiente de leerlo lo que nos interesaba. Cuando volvía a entrar, recogía el periódico y volvía a su "vigilancia" por los pasillos. En seguida en la celda de al lado pedían cualquier cosa, y así, repitiendo el mismo juego, en una mañana todos los incomunicados nos leíamos el periódico.

EL CASTIGADO POR SU GUSTO

—"Fulano"—aquí un nombre que la memoria del informador no recuerda—se fué a dormir a su casa antes de verificarse la capitulación. Cuando despertó, ya nos habían metido a todos en el convento. "Fulano" pudo librarse, porque como ninguno nos habíamos acusado, contra él no figuraba culpa alguna.

"En la primera noche de nuestra prisión, oímos en la puerta del convento una discusión violenta con el centinela. Hubo de salir un capitán:

—¿Qué pasa?

—Este señor, que dice que él tiene "derecho" a ser prisionero de guerra.

—¡Sí, sí!—dijo el señor—. Yo soy compañero de los que están ahí dentro, y tengo tanta culpa como el que más. Déjeme usted entrar, señor capitán."

El capitán se quedó en suspenso unos instantes:

—Pues... bueno. Pase usted."

Y lo encerró en otra celda.

LOS INTERROGATORIOS

—Ni uno solo nos acusamos. El coronel dijo que él era el único responsable. Pero nosotros le desmentimos. Declaramos que nadie nos había inducido a la rebelión; que nadie nos había hablado de rebelión nunca: que nos habíamos sublevado por criterio personal de cada uno...

Pero lo que más me maravilla, no es ya la actitud que adoptó la tropa—pues ni un solo soldado dejó de decir que estaba de acuerdo con sus jefes—, sino la actitud que adoptaron las clases de tropa. Observaron la misma actitud que los soldados. Alguno, incluso destruyó pruebas documentales que pudieran comprometer a una determinada persona.

Como usted sabe, a algunos soldados les infligieron el castigo de trasladarlos a África. Pues bien: ni uno solo rechistó. Algunos iban hasta el pie de los muros del convento donde se abrían nuestras ventanas. Nos llamaban a voces, por nues-



No hubo broma que los artilleros no intentaran durante su prisión: he aquí la farsa de una boda.

tranquilos y felices... Pero él es el único que ha pasado mal los meses de encierro.

LA REPÚBLICA DE LA BROMA

—¿Es verdad que por la noche jugaban ustedes a los fantasmas?

—¡Uy! Nos hemos divertido mucho. Poníamos en práctica todo lo que se nos ocurría con tal de que fuera gracioso. Una vez, en Ciudad Real, se apagaron las luces del convento por una avería ocurrida en la fábrica de electricidad. Y subconscientemente a todos se nos ocurrió lo mismo: fingir un plante. Paseábamos por los pasillos cuando ocurrió el hecho, y nada más apagarse la luz, uno, en broma, claro está, gritó:

—¡Por aquí, por aquí es la salida que hemos preparado, compañeros...!"

No tiene usted idea de la que se armó.

Hasta aquí, lector, el relato de mi amigo, el oficial prisionero.

CARLOS SAMPELAYO



Grupo de detenidos, en el Convento de Santa Clara. El que está sentado tiene en sus manos un pájaro amaestrado, al cual llamaban «Benito».